



CAPITULO VII.

—
CONTINÚA LA HISTORIA DE LAS
TORTOLITAS.

APENAS hubo concluído el servicio del café, y se retiraron los criados, Carlos, volviendo á tomar el hilo de su historia, habló de esta manera.

Excuso decir á ustedes que Fernando se enamoró de María, que así se llamaba aquella deliciosa cabrera, quien tratando al joven como si lo conociera hacía mucho tiempo, dijo:

—Mi padre está muy aliviado y por eso salió; ya puede andar con muleta. Se fué con Leal.

Leal era un gran perro negro: era el único amigo del tío Mateo.

—¿Mateo era el padre de María? preguntó Chona.

—Sí, el padre de María.

Carlos después de un momento de reposo concentrado continuó:

El perro es el mejor amigo del hombre, el perro no conoce ni la perfidia ni la ingratitud.

Al decir esto Carlos, procuró no ver á Salvador.

—Los enfermos habituales, suelen tener un perro que se echa á sus piés, porque parece que el intuitismo de la misericordia se ha refugiado en los brutos. *Leal* era así, hubiera querido curar al tío Mateo: cuando éste se quejaba, el perro ponía blandamente el hocico sobre las rodillas del viejo y lo miraba. María se atrevía á agregar que había visto llorar al perro.

—Yo, continuó María con un candor que necesita cultivarse á algunos miles de piés sobre el nivel del mar, yo.... no he visto á nadie hace muchos días, ni conozco á los de allá abajo; ¿todos los que viven allá, son blancos como usted y con bigotes? Mi padre tiene los bigotes muy blancos; yo se los peino y le arreglo sus canitas y se las beso. ¿Usted tiene padre?

Fernando estaba tan turbado, como si hubiera estado galanteado por una princesa.

—Ya lo creo, interrumpió doña Refugio, nos está usted pintando una muchacha encantadora.

—Y lo era en efecto. Desearía yo ser poeta, para hablarles á ustedes muy largamente de aquella joven.

—¿Y por qué vivía aislada en la montaña? preguntó Castaños.

—Era un misterio: pero lo mas probable es, que el tío Mateo cuidaba de sustraer á su hija de las miradas extrañas, para conservar puro aquel tesoro.

Fernando se atrevió á hacer la misma

pregunta que acaba usted de hacerme, y la joven le contestó.

—Vivimos solos, solos; pero yo tengo muchos compañeritos amigos míos.

—¿Quiénes?

—Mis cantoritos; son catorce con los dos chicos de esta cría, y tienen todos los copetitos colorados.

—¿Los gorriones?

—Sí; vienen todas las mañanas, para que nos desayunemos, y les doy alpiste de mi cosecha, y me conocentanto mis amiguitos, que ¿creerá usted que comen en mi mano?

—¿Y qué otros amigos la acompañan á usted?

—¿A mí?

—Sí.

—¿Por qué me habla usted así?

—¿Pues cómo debo hablar á usted?

—Sólo dos veces, me han hablado señores como usted, y me han dicho «¿qué haces María?» y yo creo que todos los señores ricos hablan así.

Fernando temía manchar con su aliento

aquella flor, que difundía el aroma de la pureza, Fernando sentía que el respeto le embargaba la voz, y le hubiera parecido infame, hasta decirle á María que la amaba; pero al fin dijo:

—¿Y desea usted ir á la hacienda?

—No, porque mi padre no puede bajar.

—No está usted triste?

—¿Por qué? preguntó María con un candor angelical.

—No, yo decía....

—No puedo estar triste, mi padre me hace reír y me cuenta unos cuentos.... lindos; él me enseñó á leer ¿ya lo ve usted tan viejecito? pues lee muy bien en todos los libros, y además me ha enseñado tantas cosas, que todos los días me obliga á hacer una nueva y estamos muy entretenidos.

—¿Y llevan mucho tiempo de vivir aquí?

—Creo que son tres años. Aquí se murió mi madre, y mi viejecito dice, que aquí se ha de morir; usted dirá, y yo por eso no le quiero decir que cuándo bajamos, porque dice, que cuando yo me vaya se muere.

—¿Y á dónde fué ahora? le preguntó Fernando.

—A ver sus árboles; hacía un año que no los veía; y me dijo—antes que caliente el sol, voy á ver cómo han crecido mis arbolitos, espérame—y lo estoy esperando.

Fernando creyó que debía apresurar su regreso; pero le ofreció á María que volvería á verla.

Se despidió estrechando la mano de aquella niña, y bajó la montaña preocupado de una manera increíble.

Este fué el primero y último amor de Fernando.

—¿El último? ¿se murió María? preguntó doña Refugio.

—No apresure usted el desenlace; repuso Chona; oigamos hasta el fin.

—Recuerden ustedes, observó Castaños, que se ha de tratar de una matanza.

—¡Ay! ¡qué horror! dijo Anita, si matarán á María.

—¿Quieren ustedes saber hoy hasta el fin de esta historia?

—Sí, sí, sí; dijeron muchas voces.

—Renuncio á describir á ustedes el estado moral en que se encontró Fernando: era poeta, tenía diez y siete años, y amaba por la primera vez.

María por su parte no comprendió lo que le pasaba; pero desde luego conoció que un cambio misterioso se había operado en ella.

—¡Padre! le dijo al tío Mateo saliendo á recibirlo á la puerta; mientras usted ha visto sus árboles, yo he visto otra cosa mejor que eso.

—¿Qué has visto?

—Adivínelo usted, y le doy un besito en la frente.

—¿Qué será? ¿qué será? murmuraba el tío Mateo, fingiendo más curiosidad de la que realmente sentía. ¿Vendrían algunas tortolitas de collar ó algún mirlo de esos que te gustan tanto?

—Todavía otra cosa mejor.

—Mucho mejor.... No es cosa del campo.

—¿Pues de dónde?

—De allá abajo.

—Alguna persona....

—¿Persona?... sí, ya se ve que sí, era una persona.

—A ver, cuéntame eso.

—Sí, pero cuando usted se haya sentado.

El tío Mateo se sentó en un viejo taburete con doble asiento de cojín de baqueta; puso los piés sobre una piel de venado, y sin quitarse el sombrero, apoyó las manos sobre su grueso bastón y esperó á que María se sentara á sus piés. El perro negro se echó á los piés del viejo y el amarillo no se echó hasta que María había acabado de sentarse cómodamente.

—Con que vamos á ver, quién era esa persona, dijo el tío Mateo con cierto aire, en el que se hubiera podido notar tras de una fingida jovialidad una grave desconfianza.

—Pues esa personita es un señor muy decente de la hacienda: según creo, venía con su escopeta buscando algún conejo, cuando se encontró con nuestra casita; y ya ve usted cómo á pesar de estar tan escondida, siempre hay quien la encuentre.

—Pero bien, ¿esa persona á quién buscaba?

—Me dijo que á mí.

—¿A tí? ¿te conocía?

—Puede ser: él me dijo que venía á buscarme.

—Alguno se lo dijo.

—Sí.

—¿Quién?

—¿Quién?... ¿quién? no me acuerdo bien lo que me dijo.... ¡ah! sí, que se lo había dicho su corazón.

Pasó como una nube por la tranquila frente del tío Mateo; guardó silencio y clavó la vista en tierra.

María también calló, y fijó la vista en su padre.

Al cabo de un rato dijo:

—¿Por qué se ha puesto usted triste? ¿es acaso malo eso que yo he hecho?

—Es que no me has dicho nada; simplemente que vino ese.... ¿es un joven?

—Tiene bigotes negritos, y sí, si es muy joven y tiene.... sí, tiene ojos de joven, me

pareció muy vergonzoso, aunque no me quitaba la vista, y me veía, me veía y ¿creerá usted que casi no me contestaba?

—Pero el *pastor*? preguntó el viejo.

Pastor se llamaba el perro amarillo.

—El *pastor* se portó muy bien, gruñó y todo, pero no le hizo nada; bien es que salí á tiempo, y cuando *pastor* vió que yo hablaba con el joven, movió la cola y se echó á mis piés cuidándome.

—Es necesario, dijo el tío Mateo con tono grave, que no veas más á las gentes de allá abajo, ya sabes que yo quiero que no veas á nadie.

—¿Y si viene otra vez?

—Si viene otra vez, yo le hablaré, le diré que he querido vivir solo contigo y que no debe venir á visitarte.

—¿Y si es de la hacienda?

—¿Qué?

—Se enojarán los amos de la hacienda.

—Yo arreglaré todo eso.

Llegó la noche, y el tío Mateo quiso personalmente cerrar las puertas, agregó

una tranca más á una de ellas, y desde bien temprano dejó fuera al *pastor*.

—¡Pobre *pastor*! dijo María, ¿qué, esta noche no cena? Siempre lo deja usted fuera, pero después de cenar es cuando empieza su guardia.

—Es cierto, dijo Mateo, pero ya le daremos su cena por la ventana.

María pensó que su padre tomaba aquellas precauciones con el temor de que alguno viniera á importunarlos durante el sueño.

—¿Por qué tendrá miedo mi padre? pensaba María, yo creo que á ese joven no se le puede tener miedo, ni mucho menos se debe creer que se atrevería á venir de noche, y luego por el lado de las peñas grandes, por donde hay tantas quiebras y tantos abrojos. Yo creo que es otra cosa lo que teme mi padre; ¿pero qué puede ser?

Se puso serio mi viejecito, porque le dije lo del joven; es necesario no disgustar á mi padre ¡me quiere tanto!

A pesar de aquellas precauciones, no

ocurrió ninguna novedad aquella noche. Pero María tuvo algo que le quitó el sueño, y algo que la hizo soñar cosas para ella enteramente nuevas.

—Perdone usted, señor don Carlos ¿sería posible que supiese usted esa historia con tantos detalles, que no ignore ni lo que soñó María? preguntó doña Refugio.

—Así es efectivamente, contestó Carlos.

—Es que esa historia, ha de ser la de algún amigo muy íntimo de mi marido.

—Ya estoy por creer que conocemos todos á Fernando.

—Sepamos lo que soñó María, dijo Chona.

—Recuerdo el sueño tal como lo contó María: en su boca era digno de oírse; en la mía perderá mucho el tinte de candor y de pureza que hacía de María la criatura mas hechicera que puede imaginarse.

Hé aquí cómo contó María su sueño. Cuando me quedé dormida, dijo, sentí como frío, porque me pareció que me hablaban, pero no desperté y seguía oyendo; era la voz del joven.... yo no sé lo que me

decía, pero era su voz, la misma voz; luego creí que me veían y ví en el aire unos ojos.... eran sus ojos.... Había puesto su escopeta hacia un lado, y ni el Leal, ni el Pastor le gruñían, sinó que le lamían los piés.

Nada más los ojos del joven estaban allí, pero no en el techo, sinó á los piés de mi virgencita, y yo veía las dos cosas juntas, á mi virgen y al joven como si estuviera abajo de la repisa de las flores.

Mi virgen tiene siempre flores en su repisa.

Muchas veces, me parecía que había luz y abría los ojos, pero no había nada y oía roncar á mi padre y todo estaba en silencio.

Cuando despertaba me ponía á pensar esto: ¿qué me falta? y me ponía á pensar en todas mis cosas, pero nada me faltaba; otras veces me asustaba creyendo que tal vez se me había olvidado cerrar una puerta de las jaulas de mis pájaros, y se había volado alguno; y me pareció que yo había hecho algo que era un olvido, una omisión que me desazonaba, tanto más, cuanto que

no podía acordarme de cuál había podido ser mi distracción. ¿Si habré ofendido á mi padre? ¡pobre viejecito mío! ¡me quiere tanto!... me pareció que se había puesto triste, pero en realidad, yo no le hecho nada.

Á tanto pensar en mi padre, me pareció notar que no dormía.... poco después tosió, quien sabe si lo despertarian como á mí aquellos ojos que se me habían aparecido.

Al otro día mi padre me besó mucho, mucho más que otros días, y me preguntó: «¿Me quieres?» y yo le hice muchas caricias y le ofrecí que le guisaría un pollito para su almuerzo.

Yo, por no disgustarlo, no le quise contar lo de los ojos; pero todas las noches los veía y todas las noches me parecía que el joven venía á visitarme.

Una mañana, una mañana la mas hermosa de la montaña, estaba yo esperando á mis gorriones y no venían; me pareció que también ellos me habían abandonado; pero en cambio ví dos tortolitas; estaban

juntas sobre la misma rama, dando la cara al sol, y acariciándose.

Pensé que las tórtolas son muy felices, y que también se aman.

Yo no sé por qué, pero me entristecí al verlas.

—Había no sé qué aviso misterioso en el corazón de María, agregó Carlos, con un acento cuya intención no era fácil comprender, creo que hay una comunicación secreta entre las almas y las aves, entre las flores y las vírgenes, qué sé yó; pero si bien lo pensamos, encontramos analogías que no pueden menos de ser testimonios de las armonías mas sabias.

María presentía alguna desgracia, la adivinaba, mientras las tortolitas se besaban entregándose á sus inocentes placeres, sin pensar que en medio de aquel bienestar, bañadas por un torrente de luz y de vida, estaban tal vez muy próximas á caer en el insondable abismo de la muerte.

De repente resonó en la montaña una inesperada y terrible detonación, y cayeron

á los piés de María las dos tortolitas, sacudiéndose con las terribles contorsiones de la muerte.

María arrojó un grito, y, al ver á sus piés á aquellas pobres palomitas ensangrentadas y convulsas, se cubrió el semblante de la niña de una palidez mortal.

Tomó á una de las heridas en sus manos, y la contempló de cerca.

Aún pudo sorprender el último destello de vida en unos ojitos que se empeñaban; aún sintió el postrer enarcamiento que era como la expresión del dolor supremo; aún sintió María en sus torneados dedos las últimas gotas de sangre caliente; y no había acabado de morir la tórtola, y ya la niña, cuya palidez había aumentado, sentía que la luz se empañaba y que la abandonaban sus fuerzas.

Un momento después, el tío Mateo estaba de rodillas, inclinado sobre el rostro de su hija; le tomó una mano y la vió con sangre; levantó la cabeza de su hija.... estaba sin sentido.

Se percibía aún el olor de la pólvora, y en los oídos del viejo había todavía ese retintín que deja una detonación cercana, cuando aparecieron á cierta distancia dos bultos.

Pastor y Leal que ladraban furiosamente, se lanzaron sobre los extraños, y el tío Mateo, que empezaba á creer que su hija estaba muerta, no podía articular una palabra.

Iba á gritar, pero una contracción nerviosa de ciertos músculos, le produjo una desarticulación de las mandíbulas, y sólo se pintó en su semblante un expresión profunda de dolor.

Trabábase entretanto una lucha encarnizada con los perros: los dos extraños bregaban por defenderse de las rabiosas dentelladas de aquellos vigilantes fieles, hasta que sonó una nueva detonación y después otra, y en seguida los dolorosos aullidos de los perros heridos; aullidos profundamente lastimosos y que hubieran conmovido... *más que á uno* de los dos cazadores, á las mismas rocas....

Carlos recalcó mucho estas palabras.

Anita observó que la persona mas conmovida por aquella relación, era Salvador.

Debía no ser muy aventurado el juicio de Anita, porque Salvador, haciendo un esfuerzo, dijo:

—¿Sabes que está muy triste la historia que nos cuentas? estás entristeciendo á las señoras.

—No, no, al contrario; dijeron varios, que siga, que siga. Esto nos conmueve, pero nos hace gozar.

—Propongo una cosa, dijo Castaños.

—¿Cuál?

—Que sigamos tomando café en el jardín en donde acabaremos de oír la historia.

—¡Aprobado! ¡aprobado! dijeron varios levantándose de sus asientos.

—¡Al jardín! ¡al jardín!

Y todos siguieron el movimiento; los criados arreglaron el servicio, y algunos momentos después se había formado un compacto grupo en la gruta artificial que conocen ya nuestros lectores.



CAPÍTULO VIII.

LA HISTORIA DE FERNANDO IBA HACIENDO EFECTO EN SALVADOR.

ESPERABAN todos á Carlos en el jardín, guardando cierto silencio que indicaba que cada uno de los oyentes estaba á su vez preocupado con el relato de aquella historia.

Salvador y Chona no se habían sentado juntos.

Á Anita le habían crecido los ojos.

Castaños parecía impasible, pero su cabeza era una devanadera y sus ojos no le perdían movimiento á Salvador.